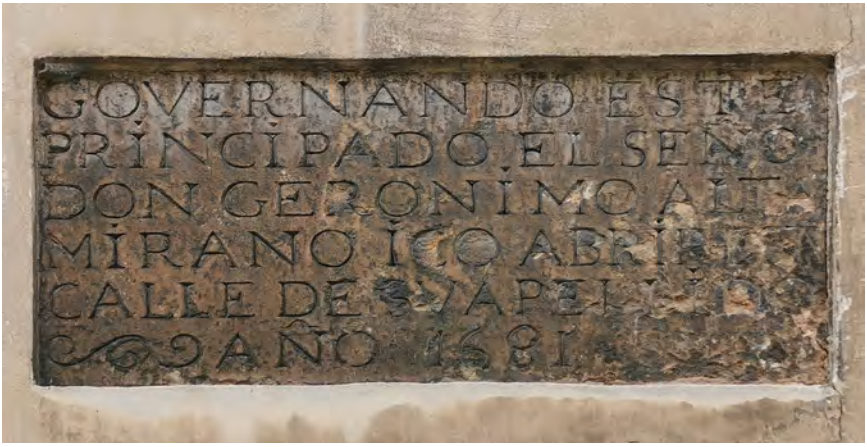
A vueltas con el callejero

JAVIER GONZÁLEZ SANTOS

En testimonio de admiración y recuerdo al
profesor don Francisco Quirós Linares (1933-2018),
geógrafo y humanista.

¿Para qué el callejero?

El callejero dice mucho de la historia de las poblaciones. En la vieja Europa, cuya urbanización se remonta a los siglos XI y XII, en la plena Edad Media, la mayor parte de las veces responde a la morfología, localización, orientación y servicio. En la América septentrional anglosajona (mayormente urbanizada a partir del siglo XIX y con planificación en cuadrícula) es diferente, con sus avenidas y calles numeradas correlativamente y orientadas a los puntos cardinales. Denominaciones como de la Ribera, Rambla, Cuesta, Costanilla, Fontán, Noceda; de la Cerca, Ronda, Arco, Postigo; de Alcalá, Cabruñana, Pumarín u Oscura; del Mercado, Azogue, Peso, Cabildo, Inquisición, Concejo, Canóniga o Escuelas indican la cercanía a una orilla, declive del terreno, fuente, manantial, arbolado, muralla y sus puertas, el camino o carretera a un pueblo o barrio cercanos, la situación sombría de la misma o la actividad artesana, comercial o institución que allí tuvo o sigue teniendo acomodo y asiento. En este último sentido, son bastante frecuentes nombres de oficios y naciones vinculados a calles y plazas. Así, Carnicería, Fruta, Libreros, Olleros, Platería, Gascona, Francos, Genoveses, Tudescos… indican las actividades que allí se desarrollaban (o que testimonialmente pueden seguir desarrollándose) y el vecindario que las poblaba en origen.



1. Epígrafe conmemorativo de la apertura de la calle de Altamirano, labrado en 1681.

Otros, en fin, la cercanía de un templo, capilla, monasterio o convento (en pie o desaparecido), como las calles de San Vicente, San Juan, San Isidoro, San Francisco, Jesús o la plazuela de la Balesquida, ciñéndonos a Oviedo. Incluso hay algunos que denotan acontecimientos relacionados con la historia del pueblo (históricos o legendarios, tanto da), como la famosa costanilla de Tente Necio (o Tentenecio) en Salamanca, que rememora uno de los milagros de su santo patrono, san Juan de Sahagún (1430-1479).

De este modo, la pervivencia de esos nombres significa la expresión misma y concreta de la historia de una población que, seguramente, ya no tiene murallas y cuyas librerías y escuelas han sido sustituidas por bares o tiendas de confección y recuerdos, pero cuya denominación ha mantenido el recuerdo de su actividad primera y, lo que resulta más interesante, a menudo también el trazado que la cerca describía o el perímetro del solar que otrora ocupó un monasterio, templo o capilla hoy ocupado por una plaza o un parque.

Fue ya iniciado el siglo XIX cuando a los lugares públicos se les confirió la dignidad de las personas y de los símbolos ideológicos a que la transformación social había dado origen. Y la Revolución Francesa quien comenzó el proceso. A España llegó con su primera revolución liberal, la de 1812. Fue entonces cuando muchas plazas mayores o del concejo de la geografía española pasaron a denominarse de la Constitución o de Fernando VII, de-

cayendo la primera cuando la restauración absolutista y renovándose en los periodos constitucionales (1820-1823, 1837, 1869 y siguientes).

Las guerras civiles y la alternancia de gobiernos conservadores y progresistas que a lo largo de aquella centuria padeció España hicieron el resto. No solo había que poner nombre a las nuevas calles y plazas que los ensanches de las viejas ciudades generaron, sino a los espacios históricos e intramuros liberados por la Desamortización o los saneamientos y reordenación de viejas barriadas, y para ello se recurrió a los héroes y prohombres de la milicia, política, clero y cultura (quizás por este mismo orden decreciente) del momento. Los ayuntamientos, responsables del urbanismo y policía ciudadana, fueron los gestores de ese cambio y transformación de las ciudades y pueblos. Fue así como se abrió la caja de Pandora y la práctica del *do ut des*, o sea, de la reciprocidad interesada: te pongo una calle para que luego tú me la pongas a mí, en la lógica viciada de la alternancia del poder, a expensas de espadones y caciques y de una variante del favoritismo que conocemos por *amiguismo*.[1] O del quítate tú para ponerme yo, fiel reflejo del cainismo o del oportunismo sin escrúpulos, so capa del progreso o de legitimidad.

Y en estas estamos, tercos y refractarios a lo que la historia, la justicia y el sentido común deberían significar para una sociedad que se proclama civilizada.

Pero la realidad es terca y la costumbre y sensatez de la ciudadanía se imponen a los cambios violentos y gratuitos. Por mucho ardor y empeño que las autoridades desarrollaron, el nombre de la Gran Vía madrileña (por ejemplo) nunca fue suplantado por la nomenclatura oficial de los sucesivos regímenes: avenida de Rusia o de la Unión Soviética (1936-1939) y avenida de José Antonio (Primo de Rivera) de 1939 a 1981. Como recordarán algunos lectores, la popular plaza de la Escandalera conoció las mismas vicisitudes, pues oficialmente desde 1937 a 1979 se llamó plaza del Generalísimo y antes, en 1931, de la República,[2] mientras el paseo de los Álamos también estuvo dedicado a José Antonio entre el 31 de marzo de 1938 y el 29 de junio de 1979.[3]

---

[1] Término que aparece incorporado al *Diccionario de la lengua española* por primera vez en 1992 (XXI ed.), pero corriente desde comienzos de la década de 1970.

[2] JOSÉ RAMÓN TOLIVAR FAES, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, Oviedo, 1992 (3.ª ed.), págs. 241-242.

[3] *Ibidem*, págs. 51 y 298.

2. Epígrafe de la Universidad (siglo XVII) para identificar este edificio y su jurisdicción, pero que también sirvió para designar esta calle (antes, de la Picota) entre 1867 y 1922. Se aprecia el abujardado del título «REAL».

Y es que la importancia de las calles y plazas no depende del nombre que oficialmente se le pone por dignificación y realce, sino de su historia, atribución y función. Y esto es algo que los gestores y responsables municipales no han entendido (al menos, eso parece). El perspicaz periodista y escritor Julio Camba (Villanueva de Arosa, Pontevedra, 1884-Madrid, 1962), irrepetible e imperecedero, que en los primeros compases de la Segunda República Española vivió con el cambio de régimen fenómenos semejantes a los actuales (que para España resultan reiterados), lo expresa de manera meridiana e hilarante.

Una calle tiene que guardar su nombre histórico… Y cuando, a falta de nombre histórico, sea preciso designar la calle con el nombre de un personaje, ningún cuidado deberá parecernos excesivo para evitar que el personaje resulte inferior a la calle. Es decir, que cual-

3. Baldosín en mármol de principios del siglo XX en la fachada de la casa de la Rúa. Y los de la Universidad (denominación y numeración, a la izquierda de la portada) borrados por abrasión.

quier calle, por amplia y por grande que sea, puede llamarse calle de Cervantes, de Pizarro o de Isabel la Católica, pero ¿quieren ustedes explicarme qué es lo que harían en plena calle de Alcalá la mayoría de nuestros políticos, como no fuese pedirnos tabaco cuando ya llevasen algún tiempo alejados del Poder?

4. A la izquierda del dintel, huellas de la caja que dejaron la eliminación de aquellos baldosines de mármol y de numeración de los portales y manzanas (calle Oscura).

> *¡Triste e inútil empeño éste de querer perpetuar por medio de baldosín nombres que no representan nada! A la larga, la calle, que es lo permanente, acaba imponiéndosele siempre al personaje, que es lo accidental, y, con frecuencia, se obtienen resultados bastante divertidos.*

Y de inmediato pasa a contar uno de Madrid, que lo es y mucho, e invito a los curiosos a leerlo, pues no va de barcos, balandros ni galeones.[4]

[4] «La calle de la Náo» (*ABC*, Madrid, 6 de diciembre de 1934), ahora en JULIO CAMBA, *Haciendo de República. Edición completa* (al cuidado de Catalina Luca de Tena), Madrid, Ediciones Luca de Tena, 2006, págs. 232-233.

Herramientas contra las novelerías

Nuestra ciudad cuenta con dos importantes herramientas para conocer la historia de sus vías públicas, tanto antiguas como modernas, con las que poder combinar con garantías la tradición con la actualidad, sobre todo, cuando se trata de cambiar la denominación de calles del casco histórico anteriores a 1936 sometidas al capricho de parte. Me refiero (y ya lo habrán notado, porque ya ha hecho su aparición en escena) al imperecedero trabajo de José Ramón Tolivar que, siguiendo la senda abierta por su admirado Fermín Canella en *El libro de Oviedo*, rubricó con *Nombres y cosas de las calles de Oviedo* una de las obras de referencia del ovetensismo culto, sensato y ameno.[5] A estos dos títulos hay que añadir el más reciente de José Ramón Tejo, que partió del punto donde en 1992 lo había dejado Tolivar, pero en cuya nueva nomenclatura viaria (restringida a zonas de nueva urbanización) ya se hace patente esa ausencia de sentido común, discreción y equidad de los responsables de la política urbana.[6] ¿Se imaginan lo ilustrativo que sería estudiar las diferentes corporaciones municipales refiriéndonos solo a sus decretos relacionados con el callejero, expresión misma de su nivel cultural y humano?

Una manera de escapar a este debate es el de no cambiar el nombre histórico y tradicional de las calles sino la dedicatoria. Me explico: ¿no sería mucho mejor mantener (o recuperar, puestos a pedir) el nombre de Traslacerca o Solacerca (actual calle de Jovellanos),[7] nombre histórico y expresivo de su peculiar trazado, dedicándola también a uno de los asturianos más universales, don Gaspar Melchor de Jovellanos, que además tiene en ella su monumento, el más antiguo de los monumentos cívicos erigidos a un particular en nuestro país?[8] Valdría también que leyéramos «calle de |

[5] FERMÍN CANELLA Y SECADES, *El libro de Oviedo. Guía de la ciudad y su concejo*, Oviedo, Imp. de Vicente Brid, 1887 (hay reed. moderna a cargo de Florencio Friera Suárez: Oviedo, Krk Ediciones, 2011), y JOSÉ RAMÓN TOLIVAR FAES, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, Oviedo, La Carpeta, 1958 (hay dos eds. posteriores y actualizadas, publicadas por el Ayuntamiento de Oviedo en 1986 y 1992; citamos siempre por esta última).

[6] JOSÉ RAMÓN TEJO PÉREZ, *Las nuevas calles de Oviedo*, Oviedo, Corondel, 2004.

[7] TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, pág. 351.

[8] Data de 1798; sus vicisitudes (que fueron muchas y tristes), en JAVIER GONZÁLEZ SANTOS, *El monumento a Jovellanos en Oviedo. Homenaje institucional en el II centenario de su falleci-*

5. Baldosín cerámico en la calle de San Vicente y azulejo con la numeración de la manzana (hacia 1924). Manufactura de la Fábrica de Loza de San Claudio (Oviedo).

JOVELLANOS | (antigua de Traslacerca)» o como se quiera componer. De este modo, sencillo y respetuoso, el vecino, viandante o viajero accidental podrá conocer solo por el nombre de la vía algo de la historia de la ciudad, por dónde iba la cerca medieval y el trazado circular que esta dibujaba, recordando a la vez al inmortal Jovellanos, prez y gloria de Asturias. ¡Qué fácil y didáctico! Basta con este, porque no quiero abrumar con ejemplos.

Requisitos ineludibles

En primer lugar, que la nomenclatura de las vías responda a la toponimia (mayor o menor) de la zona, como, por ejemplo, acontece con las avenidas de Pumarín y Buenavista, las calles de Llamaquique, Olivares,

miento, Oviedo, Gobierno del Principado de Asturias, 2011.

Corredoria, Aldea de Cerdeño, carretera de Rubín, El Fresno (entorno que ocupaba la plaza de la Gesta, nombre que ha vuelto a lucir para agravio de la justicia y tolerancia). De esta manera, se conservará la memoria del nombre original y tradicional. Esto hay que tenerlo siempre presente en las áreas de nueva urbanización y parece que en Oviedo, de momento, se respeta.

Cuando se trata de denominar o poner nombres de persona a una vía pública (por nueva creación, pero sobre todo cuando el cambio es por imperativo legal), que sea de personajes fallecidos y nunca en vida, para evitar los agravios comparativos y no pecar con exageraciones complacientes que con el tiempo podrían volverse en contra del individuo. Esto fue algo en lo que ya repararon nuestros sensatos antepasados. Así, cuando el gijonés Juan Agustín Ceán Bermúdez trataba de editar el *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España* (finalmente impreso en Madrid en 1800), la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la institución que corrió con los gastos de publicación, en su Junta Extraordinaria de Censura en agosto de 1799, tomó el acuerdo de excluir de esa obra a los artistas vivos. En cambio, este fue el error en que recientemente incurrió su hermana, la Academia de la Historia, al incluir personalidades vivas y activas en su *Diccionario biográfico español* (Madrid, 2009, 50 volúmenes). Sería sano y sobre todo justo esperar a que se desvanezca el espectro del individuo para que al final tengamos de él el recuerdo y el testimonio fehaciente de sus obras o hechos. Si no, pecaremos de pelotas, de aduladores, haciendo el ditirambo de gente más bien corriente (si no vulgar) que se prevale de la ocasión, suerte, favor o cargo que ostenta y que una vez que deja de ser lo que tan encumbradamente fue o decaen las fuerzas que los alzaron sobre el común de los mortales, si los encontramos por la calle, con Julio Camba podríamos preguntarnos «¿qué harían como no fuese pedirnos tabaco…?».

No están todos los que son y sobran algunos de los que están

«Ningún cuidado deberá parecernos excesivo para evitar que el personaje resulte inferior a la calle». ¿Recuerdan lo dicho por Camba? Pues eso: que estos sean en realidad importantes y de calidad probada, y no solo simpáticos, oportunistas o vecinos.

6. Placa conmemorativa y monumental fundida en bronce de la calle del doctor Ramón y Cajal (antigua de la Picota; luego de la Universidad), descubierta por el Colegio de Médicos de Asturias en 1922. Diseño y modelado de Víctor Hevia.

El callejero tiene que estar en consonancia con el pueblo, región o nación y no tirar por elevación, pues, de qué sirve dedicar calles a Arquímedes, Pitágoras, Newton, Einstein; Platón, Aristóteles, Bacon, Descartes, Kant, Hegel y Wittgenstein; Homero, Eurípides, Corneille, Defoe, Dickens, Victor Hugo, Dostoyevski, Tagore, Thomas Mann; Giotto, Leonardo da Vinci, Rafael, Miguel Ángel, Rubens o Gaudí; Monteverdi, Bach, Beethoven, Chaikovski, Wagner, Falla o Stravinski… Un procedimiento así no tiene sentido. ¿Se imaginan un pueblo con semejantes calles que no expresan nada de su historia y personalidad? ¡Qué disparate! Y ¡qué puerilidad!

Y es que la cosa viene de antiguo. Miren lo que al respecto dijo Fermín Canella en 1918, cuando el Ayuntamiento intentaba cambiar el nombre de la calle de Uría por el de avenida de Francia:

¿Tan en poco aprecian su condición de ovetenses y asturianos cuando por un nombre extraño, extranjero, así amigo como enemigo, consienten y callan ante la mutilación y

preterición injustas de un nombre tan asturiano? Siempre la novelería. ¡Siempre el olvido e ingratitud! Y siempre moviendo el pueril y barato resorte del «quita y pon» de nombres a las calles.[9]

¡Qué oportuno y combativo, como siempre, don Fermín! Y qué actual: ¿no les suena?

Sólo hay una excepción: que esos personajes hayan tenido una relación estrecha o circunstancial con esa localidad o provincia, lo que (por otra parte) deja a nuestra querida ciudad y a Asturias muy huérfana de ese nivel de celebridad. ¿A qué cuento vino dedicar en Oviedo una calle a Charles Darwin (hoy y antes, del Alférez Provisional, ¡otra anomalía!) sino a un mero papanatismo, habiendo algunos relevantes científicos extranjeros y nacionales sin ella y a los que la nación española y la región deben reconocimiento? No se trata de minusvalorar o despreciar los méritos de Darwin (sería insensato) sino advertir que antes que a él los españoles debemos recordar a otros científicos como Alejandro de Humboldt (1769-1859), el naturalista prusiano al servicio de la corona española que a principios del siglo XIX descubrió para la ciencia el continente americano y además influyó en Darwin. O a León Salmeán y Mandayo (1810-1893), rector de la Universidad de Oviedo, fundador y decano de la Facultad de Ciencias, de cuya disciplina fue catedrático, y al que esta institución debe su torre observatorio, la destruida Iconoteca Asturiano-Universitaria o la cesión de su propia casa, en la calle de Argüelles número 23 (actual 19), para residencia de los rectores, propiedad enajenada por la Universidad en 2013. ¡Triste injusticia y flagrante ingratitud de la ciudad y de la institución académica a aquel a quien tanto deben! Hoy en el solar de aquélla se levanta el «edificio Manuel Granda», así denominado en homenaje de la familia al promotor inmobiliario. Así se escribe la historia.

Y si de extranjeros hablamos, Asturias y Oviedo han tenido algunos visitantes tan ilustres como olvidados que han dejado testimonios de su estancia y paso por la región en obras literarias muy difundidas y estimadas. Las pági-

---

[9] FERMÍN CANELLA Y SECADES, «La calle de Uría, en Oviedo», *El Pueblo Astur*, Gijón, 15 de noviembre de 1918, ahora en *Obras completas, II. Oviedo* (ed. a cargo de Florencio Friera Suárez), Oviedo, Krk Ediciones, 2011, pág. 928.

7. Rotulación singular o exclusiva, con letra de paloseco de estilo moderno, vinculada al diseño de fachada de un edificio como fue la del antiguo café Cervantes (inaugurado en 1929), más adelante, oficina principal del antiguo Banco Central, en la esquina de la plaza de la Escandalera con la calle de Argüelles (mediados del siglo XX).

nas del reverendo anglicano Joseph Townsend (1739-1816), médico y naturalista que en 1791 dio a la imprenta en Londres *A Journey trough Spain in the years 1786 and 1787*, el más interesante de los viajes por España del periodo de la Ilustración (que incluye la estancia de dos meses en Asturias: del 3 de agosto al 3 de octubre de 1786), y las del viajero romántico George Borrow (1803-1881) que estuvo en Oviedo y atravesó la provincia de occidente a oriente por el litoral en la seronda de 1837, autor del archiconocido libro *La Biblia en España* (Londres, 1843), están entre las mejores y más amenas que se han escrito. Por los mismos conceptos tendríamos que recordar y celebrar la memoria del filólogo y etnógrafo alemán Fritz Krüger (Spremberg, Brandeburgo, 1889-Mendoza, Argentina, 1974), viajero por la provincia en 1927 y que con su cámara fijó imágenes imperecederas de la vida tradicional del suroccidente de Asturias. Y la del sueco Åke w:son Munthe (1859-1933), patriarca de los estudios filológicos y lingüísticos asturianos.

Nuestra capital también ha sido visitada por algunos de los más afamados compositores, músicos, cantantes y solistas del siglo XX invitados por la centenaria Sociedad Filarmónica de Oviedo y durante las temporadas líricas.

Porque, en efecto, hay nombres que escandalosamente faltan en el callejero ovetense y que empequeñecen hasta la insignificancia el mérito de algunos de los que recientemente se han puesto.

Entre los antiguos no encuentro el del doctor Juan Alonso de Asiego y Rivera († 1615), deán de la catedral de Oviedo, artífice de que finalmente la voluntad del arzobispo Valdés Salas de fundar una universidad en Oviedo se llevara a cabo, pues se pusieron muchos estorbos y solo la constancia y abnegación del deán pudo vencerlos. Asiego fue el tercer rector de nuestra Universidad. Por ello, con Canella, nos atrevemos a repetir que «los años y la ingratitud de los hombres dieron al olvido el nombre de este buen asturiano a quien debe el país eminentes servicios por sus constantes trabajos y sacrificios en el establecimiento de esta Universidad».[10] ¿Se imaginan, acaso, lo que hubiera sido de Oviedo y Asturias sin su Universidad cuatro veces centenaria? Pues eso…

---

[10] FERMÍN CANELLA Y SECADES, *Historia de la Universidad de Oviedo y noticias de los establecimientos de enseñanza de su distrito (Asturias y León)*, Oviedo, 1904 (2.ª ed.), págs. 609-612 y *passim*.

8. Gabriel de la Torriente y Francisco Saro diseñaron en 1945 estas elegantes y originales placas inspiradas en los motivos decorativos del barroco para informar del nombre de las calles a las que da frente el *bloque de San Lázaro*.

Y si de olvido e ingratitud hablamos, el del historiador y académico Juan Agustín Ceán Bermúdez (1749-1829) es clamoroso: secretario, amigo y biógrafo de Jovellanos, anticuario y primer historiador del arte español, natural de Gijón, pero cuya primera formación transcurrió en Oviedo entre 1762 y 1764, en el colegio de la Compañía de Jesús. Acaso estamos ante el asturiano más citado, universal y socorrido de la erudición y ciencia histórica española.

El clero antiguo ovetense también conoce el olvido de su grey. ¿Acaso no son merecedores de memoria perpetua obispos como don Pelayo (1101-1129) y don Gutierre de Toledo (1377-1389), ambos historiadores de la diócesis, Bernardo Caballero de Paredes (1592-1661), Juan García Avello y Castrillón (1673-1744), amigo y corresponsal del padre Feijoo, o Agustín González Pisador (1709-1791) por su compromiso pastoral, humanismo y promoción de las artes?

El periodista y editor ovetense Protasio González Solís (1829-1908) que con las *Memorias asturianas* (1890) reunió la crónica editorial asturiana de su siglo. Y si de emigrantes hablamos, ¿qué me dicen de Juan Antonio Mon y Velarde (1747-1790), natural de San Martín de Oscos, magistrado en Colombia, oidor y visitador general en Nueva España y consejero de Indias? Nada, porque no está presente en el recuerdo de sus ingratos paisanos. Como tampoco lo están Ambrosio de Morales (1513-1591), cronista de Felipe II e historiador de las antigüedades de Asturias; el padre Luis Alfonso de Carvallo (1571-1635), historiador y preceptista literario nacido en Cangas de Tineo (hoy, del Narcea); José Manuel Trelles y Villademoros (1691-hacia 1780), historiador y genealogista asturiano; el padre fray Manuel Risco (1735-1801), historiador de la Iglesia y diócesis ovetense; el balear José María Quadrado (1819-1896), acaso el mayor exponente de la historiografía positivista española que, en estrecha colaboración con el artista catalán Francisco Javier Parcerisa (1803-1875) contribuyeron como ningún otro a fijar la imagen monumental y romántica de Asturias.

Lo de Ricardo Duque de Estrada, conde de la Vega del Sella (1870-1941), no tiene nombre: estamos hablando de uno de los padres de la prehistoria paleolítica cantábrica, cuyas pinturas parietales en cavernas son Patrimonio Mundial de la Humanidad por la UNESCO. Semejante bochorno produce no ver en un baldosín de Oviedo el nombre de Constantino Suárez, *Espa-*

9. Prisma epigráfico e historicista para la nomenclatura del antiguo paseo de Chamberí, desde 1937 avenida de Italia. El abandono y la falta de mantenimiento hacen invisible el nombre, tallado a bisel y destacado con almagre.

ñolito (1890-1941), escritor y periodista, autor de la irrepetible enciclopedia *Escritores y artistas asturianos*, monumento al trabajo y amor a la patria del que han bebido y se nutre gran parte de la erudición asturiana ¡Qué ofensa!

¿Dónde está el homenaje ciudadano al filólogo y prehistoriador José Manuel González Fernández Valles (1906-1977)? ¿Y al catedrático de griego Francisco Diego Santos (1915-2010), autoridad en la epigrafía romana y medieval? Porque si al mundo académico nos remitimos, duele que Francisco Quirós Linares (1933-2018), catedrático de geografía, fundador de este departamento en la Universidad de Oviedo e iniciador de los estudios geográficos en la región no haya tenido aún un reconocimiento público.Y qué me dicen de la ausencia en el callejero de epígrafes dedicados a Manuel Gómez-Moreno Martínez (1870-1970), una de las figuras capitales en los

estudios del arte y cultura medieval y renacentista español e imprescindible asesor científico en la reconstrucción de la Cámara Santa y de sus joyas tras la destrucción de Octubre de 1934. O a Helmut Schlunk (1906-1982), al que el arte y la cultura altomedieval del reino de Asturias deben casi su naturaleza. ¡Es un agravio incomprensible que la ciudad recuerde, en cambio, a quienes fueron sus colaboradores (arquitectos, escultores y pintores) y no a ellos, los académicos, los auténticos sabios!

¿Y qué les podría decir de Marino Gómez Santos (1930-2020), recientemente desaparecido, periodista y escritor ovetense al que la ciudad debe una de sus crónicas de mediados del siglo XX más agudas y desmitificadoras? También pienso en el cangués José Avello Flórez (1943-2015), autor de *Jugadores de billar* (2001), sin duda *La Regenta* de nuestro tiempo y que, quizás por eso, la ciudad lo ha condenado a la infame *damnatio memoriae*.

El caso de la Sociedad Filarmónica de Oviedo es de sonrojo, pues desde su fundación en 1907 fue la antorcha y el templo de la música en la ciudad, un arte del que Oviedo con razón se precia y hace divisa, sin reconocer, en cambio, la deuda con ella.

Tampoco hay referencias expresas en el callejero ovetense a su pasado industrial y empresarial, una ciudad donde aparte de las fundiciones y talleres brillaron las artes gráficas y la imprenta no tiene ningún recuerdo de ellos ni de sus promotores.

El capítulo de los artistas asturianos en el callejero local se ha ceñido principalmente a los de los siglos XIX y XX (salvo Carreño de Miranda y Reiter, Tioda, Pedro Antonio Menéndez y Manuel Reguera), y no todos. Pero no tendríamos que olvidar que Juan Alonso de Villabrille y Ron (1663-1732), nacido en Argul, Pesoz, el mejor escultor del barroco cortesano español, no tiene ninguna memoria en su ingrata tierra. Pero tampoco Luis Fernández de la Vega (h. 1601-1675), uno de los escultores más característico del barroco regional, tiene calle o plaza con su nombre. ¿Hasta cuándo? Lo mismo se puede decir de Antonio Borja (1654-1730) que, aunque nacido en Sigüenza vivió, trabajó y murió en Oviedo donde tiene obras tan emblemáticas como el retablo de la capilla del Rey Casto en la catedral. Ovetense fue José Bernardo de la Meana Costales (1715-1790), escultor y arquitecto, contemporáneo y parigual del gran Manuel Reguera González que sí tiene su nombre asociado a una vía pública. En fin, Miguel Jacinto

10. Ejemplo de rotulación epigráfica de carácter historicista y reminiscencia imperial. Posterior a la Guerra Civil, estuvo vigente hasta la década de 1960.

Meléndez (1679-1734), pintor del rey Felipe V, nacido en Oviedo y con una magnífica y representativa muestra de su producción en el Museo de Bellas Artes de Asturias. El maestro mayor de la catedral de Oviedo Juan de Candamo y de las Tablas (muerto en 1489), el primer arquitecto moderno del país y quien levantó gran parte del templo catedralicio es un desconocido para sus vecinos. Aunque tampoco Juan de Naveda (hacia 1590-1638), uno de los mejores exponentes de la modernización constructiva en la región cantábrica, tiene calle ni dedicación, siendo, precisamente, quien construyó sus casas de Ayuntamiento (1622): ¡qué ingratitud por no decir ignorancia! Y ¡hombre…!, el arquitecto y urbanista Juan Miguel de la Guardia (1849-1910), forjador de la ciudad burguesa y del ensanche de Oviedo (casi desaparecidos o irreconocibles), merece algo más que un paseo en el Campo. Y por concluir con los artistas, ¿dónde está el recuerdo a la compositora ovetense, naturalizada mexicana, María Teresa Prieto Fernández de la

Llana (1896-1982)? ¿O el de la prosista y gacetillera en asturiano Enriqueta González Rubín (1832-1877) y el de su contemporáneo, el poeta ovetense Juan María Acebal (1815-1895)?

Los méritos de todas estas personas e instituciones están fuera de discusión, salvo de la atrevida ignorancia y del sectarismo.

El callejero ideológico

Como han podido comprobar, no he tocado el espinoso asunto de la Ley de Memoria Histórica (Ley 52/2007 de 26 de diciembre), auténtica caja de los truenos que, *a contrariis*, si se aplica con visceralidad viene a perpetuar los vicios seculares de que hablamos. Pero no me resisto a poner un ejemplo de la ignorancia pública, un achaque que afecta tanto a tirios como a troyanos. En el campo de San Francisco hay dos avenidas (aunque mejor las llamaríamos paseos, porque no son avenidas) dedicadas a Alemania e Italia. ¿Acaso se piensan ustedes que estos nombres derivan de la admiración de los carbayones por Goethe y Dante? Por supuesto que no. El de Italia atraviesa en diagonal el Campo desde el paseo de los Álamos hasta la plaza del general Ordóñez (la antigua Gran Vía ovetense); y el de Alemania va desde el Escorialín y mismo paseo hasta los de la Herradura y Bombé. Ambas denominaciones suplantaron en 1937 (acuerdo municipal de 11 de febrero, como leemos en Tolivar)[11] los nombres tradicionales, históricos y primeros de ambos paseos. El de Italia no era otro que el de Chamberí, uno de los paseos más antiguos de la ciudad que remonta su trazado a la mitad del siglo XVIII y lleva su memoria ligada a la del gran regente Isidoro Gil de Jaz. Por ese camino arbolado y ameno iban nuestros antepasados a través del Campo hasta Truébano, Olivares, el balneario de Las Caldas y Trubia, con un hito y parada en la monumental Silla del Rey (erigida en 1776), a un tercio de legua de la vieja urbe. En 1918 este paseo efímeramente pasó a llamarse de Francia,[12] designación con que la corporación municipal ovetense, presidida por su alcalde Marcelino Fernández,

[11] TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, pág. 135.

[12] CANELLA, *El libro de Oviedo*, 1887, pág. 415 (ed. 2011, págs. 788-789), y TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, págs. 86-87, 92, 135, 288, 291, 617 y 637.

11. Adolfo Álvarez Folgueras, azulejos de la calle del Rosal (hacia 1955-1959), modelo exclusivo que no tuvo continuidad. En la imagen se puede apreciar la abismal diferencia de calidad, elegancia y diseño con el anodino y pretencioso más reciente.

pretendía rebautizar a la calle de Uría (como ya se ha visto). Gracias a la campaña popular encabezada por Fermín Canella se abortó tan descabellado intento.[13]

El de Alemania, en cambio, es fruto de la urbanización decimonónica del

[13] «La calle de Uría, en Oviedo», *El Pueblo Astur*, Gijón, 15 de noviembre de 1918, ahora en CANELLA, *Obras completas, II. Oviedo*, 2011, págs. 921-930. También en TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, pág. 637.

12. Adolfo Álvarez Folgueras, azulejos de la calle del Cabo Noval (1959).

Campo y del anejo Jardín Botánico.[14] Pero el nombre de Alemania vino a suplantar al que desde 1910 (acuerdo del 7 de octubre) tuvo de paseo del Doctor Pasteur, por hallarse inmediato al antiguo Hospital General Provincial, instalado en el desaparecido convento de San Francisco.[15] Esta doble nomenclatura para ambas vías figura advertida en la reciente señalización vertical del Campo hecha por Evaristo Arce en 2021.

No seré yo quien desluzca, aminore ni empañe la importancia y hermandad de España con las repúblicas de Alemania e Italia, países con que además formamos una unidad política de alto nivel; pero si nos remontamos a 1937, momento de asignación de sus nombres a estos paseos, no estaríamos hablando de democracias avanzadas y sociales, de Estados de derecho, sino de Estados totalitarios, regímenes dictatoriales, genocidas y de aliados del franquismo. Si mi opinión vale de algo, por favor, devuelvan el nombre de Chamberí al paseo de Italia y den este, por ejemplo, a otra calle, larga, amplia y digna, de nuevo trazado (como se hizo hace años cuando se bautizó con el nombre de Roma a una de las avenidas nacidas de la urbanización del complejo hospitalario del HUCA en la Cadellada) y a la altura e importancia de tal país. Y lo mismo para el de Alemania, recordando en él a su original titular, el doctor Louis Pasteur, con lo que resarciríamos a la República Francesa del nombre que le usurpó Italia en 1937.

[14] TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, págs. 133, 135 y 136.
[15] *Ibidem*, pág. 136.

13. Lápida de tipo epigráfico (de inspiración fascista mussoliniana) para la calle del doctor Alfredo Martínez y García-Argüelles (colocada en 1963) conviviendo con otra más moderna de bronce. Las diferencias no son solo formales, también son gramaticales (siendo correcta la fórmula en el ejemplo más antiguo). La de la calle del Doctor Gregorio Marañón (Vallobín), asimismo de 1963, es del mismo tipo.

Para Portugal (que como dictadura hermana que era de la de Franco también tuvo su paseo en el Campo desde 1937, pero que ya no existe)[16] hay que poner remedio, porque es un desdoro que nada en nuestro callejero, al

[16] *Ibidem*, pág. 135.

margen de la avenida de Lisboa en Teatinos-Campo de los Reyes, evoque a ese país tan entrañable y fraterno. ¿Acaso no vendría al pelo recordar a Manuel Torga (pseudónimo de Adolfo Correia da Rocha, 1907-1995), literato y viajero por España, de temperamento tan parejo al nuestro, que visitó nuestra ciudad en septiembre de 1951 y algunas de cuyas obras corren traducidas al asturiano? Por no pecar de pedante y traer a la memoria al gran Luis de Camoens (1524/1525-1580) que en su epopeya *Os Lusíadas*, entre las tierras peninsulares, cantó «a Asturias do reparo / encontró, cuando el Moro más la inquieta», o al señalar «La tierra de Guipúzcoa y la de Asturias / que con minas de hierro se ennoblece, / armó también soberbios matadores / para ayudar en guerra a sus señores».[17]

Y para concluir con los países, faltan en el callejero referencias más concretas a los Estados Unidos de México (sí, ya sé: hay una calle de México en el Campo de los Reyes-Teatinos),[18] segunda casa de generaciones de asturianos y asilo de muchos exiliados republicanos. ¿No sería digno merecedor de un recuerdo su presidente Lázaro Cárdenas, que los acogió con los brazos abiertos?

¿Y qué me dicen de un reconocimiento a la Hispanic Society of America (Sociedad Hispánica de América) fundada por Archer M. Huntington en Nueva York en 1904 y que acaso sea la institución que más ha contribuido al conocimiento exterior de la cultura e historia de nuestro país y del ámbito hispanoamericano? Además, en 2017 la HSA fue galardonada con el Premio Princesa de Asturias de Cooperación Internacional. Estoy por asegurar que en España no hay calle o plaza en recuerdo de esta benemérita y patriótica fundación (en Valencia sí, hay una vía dedicada al matrimonio Archer y Anna de Huntington).[19] ¿No se nos inculcó que es de bien nacidos ser agradecidos?

Habiendo personajes de ficción, protagonistas de novelas de Clarín y Pérez de Ayala, con calles (La Regenta, Tomás Crespo *Frígilis* o Tigre Juan, por

---

[17] *Os Lusíadas*, Lisboa, 1572, cantos III, octava 19, y IV, octava 11.

[18] Decreto de 30 de diciembre de 1977 (TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, pág. 430).

[19] Archer Huntington (1870-1955) además estuvo en Oviedo de joven, en 1892, siguiendo las huellas del Cid Campeador: sus impresiones se recogen en el libro de viajes *A Note-Book in Northern Spain*, Nueva York, 1898, págs. 52-58.

14. Ejemplo de convivencia de modelos y de ultracorrección lingüística en la calle de Schulz (erróneamente rotulada «SCHULTZ»).

ejemplo) ¿no habrá que plantear el ponerlos a otros autores consagrados y vinculados con la ciudad? Advertidas quedan las ausencias de Marino Gómez Santos y José Avello Flórez. Pero, por favor, aquilatando la importancia del personaje a la entidad de la nueva vía pública y con mayor razón si cabe, si se trata de un cambio de denominación motivado por ley. Porque, qué oportuno hubiera sido denominar Juan Agustín Ceán Bermúdez, el más universal historiador y académico asturiano, a la antigua calle del teniente Alfonso Martínez, donde precisamente se halla la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo. ¡Qué hombre tan trabajador, constante, discreto e influyente y tan digno de fama pública!

15. Rótulo cerámico de la travesía del Pintor Adolfo Álvarez Folgueras, manufactura de Artesanía Talaverana (hacia 1984).

A quien incumba y de esto entienda

Y para ir terminando, un punto no menos importante: el diseño y composición de las placas.

Las vías públicas son *de* alguien o *de* algo. Es frecuente en la rotulación ovetense ver «Calle Uría», como si *Uría* fuera un adjetivo calificativo de calle, como, por ejemplo, calle Mayor o calle Oscura (hay una en Oviedo). ¡No! Gramaticalmente incorrecto. Debe ser y decirse «calle *de* Uría», «calle *de la* Luna», «avenida *de* Galicia», «plaza *de* Pedro Miñor», «plaza *del* Fontán», «plaza *del* Fresno», etcétera. Aunque esta regla no afecta a la lengua hablada, porque por economía del lenguaje seguiremos diciendo «calle general Elorza», «calle Telesforo Cuevas» y así.

Sin embargo, Rúa no precisa sustantivo, tampoco preposición ni artículo (calle Rúa o calle *de la* Rúa, leemos al presente), pues una rúa es una calle y

16. Ejemplos de placas de esmalte de las décadas de 1960-1970.

la Rúa ovetense (o compostelana, por citar otra bien conocida) no expresa más que se trata de la calle por antonomasia, la *calle mayor*, la más principal y característica (históricamente, se sobreentiende) de la localidad. Pero es un vicio que viene de antiguo, pues ya lo vemos rotulado en la placa marmórea colocada a principios del siglo XX en la casa de este nombre, como si la designación de la calle derivara de aquélla y no al revés, como así es, porque el solar del apellido Rúa se halla precisamente en esta casa y lugar de la Rúa ovetense.[20]

Y cuidado con la ultracorrección: desde su asignación en 1887 se viene repitiendo la grafía *Schultz* en la calle de este nombre (en origen, travesía de San Juan), cuando el geólogo e ingeniero de minas alemán don Guillermo en realidad se apellidaba Schulz, como constatan sus autógrafos, las portadas de los libros que publicó o, mismamente, el socorrido Tolivar.[21] En Gijón, en cambio, la avenida de su nombre está bien rotulada.

El callejero ovetense en el tiempo

Oviedo cuenta con una muestra excepcional y rara de rotulación urbana que remonta al siglo XVII, unos ciento cincuenta años antes de que se generalizara esta práctica (fig. 1). En 1681, cuando se rompió la que por entonces y durante mucho tiempo popularmente se vino a llamar la calle Nueva (porque, en efecto, lo era), la ciudad y el Principado dejaron testimonio epigráfico del acontecimiento en una lápida que todavía se halla a la vista en la calle de Altamirano, pues este era el apellido del gobernador, Jerónimo Altamirano, que «IÇO ABRIR ESTA CALLE DE SV APELLIDO», como en ella se lee.[22]

---

[20] Confiérase lo que al respecto dicen TIRSO DE AVILÉS, *Armas y linajes de Asturias y Antigüedades del Principado* (manuscrito de hacia 1585), edición y notas de Marcos G. Martínez, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1956, págs. 22-23; CANELLA, *El libro de Oviedo*, 1887, págs. 120 y 417 (nota), y ed. de 2011, págs. 261-263 y 792 (nota), y TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, págs. 563-564. La opinión del último, creo, es la acertada.

[21] Guillermo Schulz (Dörnberg, Kassel, Alemania, 1800-Aranjuez, 1877). TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, págs. 610-613.

[22] CIRIACO MIGUEL VIGIL, *Asturias monumental, epigráfica y diplomática*, Oviedo, 1887, vol. I, núm. K 18, pág. 189, y vol. II, lám. K VIII. La calle oficialmente se llama de Altamirano desde 1869 (CANELLA, *El libro de Oviedo*, 1887, pág. 105, y ed. de 2011, págs. 232-233, y TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, págs. 72-74).

17. Ejemplo de rotulación en banderola en Ventanielles (hacia 1983-1991). Se aprecia el abandono y el grado de deterioro de este tipo (inspirado en las señales de tráfico), cuyas muestras son ya escasas.

A lo largo de los dos últimos siglos la ciudad ha tenido diferentes sistemas y modelos de señalización de sus vías públicas. El más antiguo que ha llegado a nuestros días es el de la Universidad, un epígrafe con forma de cartela clásica del siglo XVII, hecha en origen para identificar este edificio y su jurisdicción, pero que también sirvió para designar la calle (antes, de la Picota) entre 1867 y 1922.[23] Queda a la vista el repicado del título «REAL» (acaso con la primera República, en 1873) que nuestra Universidad ostentó desde 1609 (fig. 2).

A finales del XIX vinieron las placas de mármol blanco empotradas en los muros y enrasadas, con la rotulación estampada o entallada y realzada mediante color. Se conserva un ejemplo, una auténticas reliquia (con la de la numeración del portal), en la fachada de la casa de la Rúa (antes recordada). Huellas de localización de estas baldosas son abundantes en las fachadas de muchos inmuebles del recinto monumental de la ciudad: las cajas son ligeramente rectangulares, más anchas que altas (figs. 3 y 4). La portada principal de la Universidad, a su izquierda, conserva una, pero pulida y, por tanto, con el letrero perdido, lo mismo que el de la numeración del inmueble. De este momento o quizás algo posterior es la lápida de la plazuela de Daoiz y Velarde (en El Fontán), encastrada en la esquina del palacio de Vista-Alegre.

A finales del primer cuarto del siglo XX (hacia 1924) el modelo cambia y del rótulo marmóreo tallado se pasa al baldosín cerámico vidriado, de letras negras sobre fondo blanco, manufactura de la Fábrica de Loza de San Claudio.[24] Hay uno al comienzo de la calle de San Vicente, en la esquina con la Corrada del Obispo, empotrado en el muro oriental del Archivo Capitular (fig. 5).

Una muestra rara y admirable es la de la calle de Ramón y Cajal: se trata de una plancha conmemorativa fundida en bronce por el escultor Víctor Hevia (Oviedo, 1885-1957), con el retrato de perfil del neurohistólogo (fig. 6). Este monumento cívico fue promovido por el Colegio de Médicos de Asturias y descubierto el 2 de junio de 1922, en vida del nobel.[25]

---

[23] TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, págs. 536 y 537.

[24] MARCOS BUELGA BUELGA, *La Fábrica de Loza de San Claudio (1901-1966)*, Oviedo, Museo de Bellas Artes de Asturias, 1994, pág. XLVIII.

[25] Santiago Ramón y Cajal (1852-1934). TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, pág. 536.

18. Ejemplo de rotulación a modo de señal en Otero-Villafría (hacia 1985-1991). Lo encontramos en calles de edificación abierta.

Por esos años previos a la Guerra Civil, también encontramos ejemplos de rotulación singular y exclusiva, vinculada al diseño de fachada racionalista del antiguo café Cervantes (inaugurado en 1929), más adelante oficina principal del Banco Central, en la esquina de la plaza de la Escandalera y calle de Argüelles. Allí destacan dos letreros: «CALLE | ARGUELLES» (*sic*) y «PLAZA | DE LA | ESCANDALERA». Se trata de letras de metal grapadas al muro de revestimiento de granito pulimentado formando el nombre (fig. 7).

Tras la Guerra Civil se puso de moda una rotulación de reminiscencia histórica en consonancia con la ideología nacionalista y nostálgica imperante. Un primer y exclusivo ejemplo lo encontramos en el bloque San Lázaro (o manzana de San Roque), en el barrio de su nombre, un conjunto de viviendas con patio interior erigido en 1941 y 1945 en estilo regionalista por el arquitecto municipal Gabriel de la Torriente Rivas (1899-1977) y Francisco Saro (1908-1978), de la Dirección Nacional de Regiones Devastadas y Reparaciones. Se trata de un elegante modelo (acorde con el estilo

del inmueble): de aspecto escultórico, son placas en relieve inspiradas en el acervo decorativo del barroco tardío español, formadas a partir de un espejo oval convexo enmarcado de tarjas, guirnaldas y rocalla, con venera y mascarón (fig. 8). La información está tallada a bisel, con letras de diseño, racionalmente jerarquizadas y de buen tamaño. Las muestras (por duplicado, en los cuatro cantones de la manzana y en buen estado; algunas blanqueadas; otras en el color de la arenisca) miran y dan nombre a las calles del Arzobispo Guisasola, San Roque, Leopoldo Alas y San Cipriano (una costanilla peatonal y escalonada). De líneas clásicas y tallados en piedra son los epígrafes de la calle del Marqués de la Vega de Anzo, de 1952.[26]

Poco después y hasta la década de 1960, el Ayuntamiento impuso un modelo de rotulación de aspecto epigráfico y reminiscencia imperialista (acaso inspirado por al arquitecto Luis Menéndez-Pidal Álvarez, pues es acorde con su estilo): son lápidas de arenisca beis con el texto tallado a bisel y avivado mediante almagre, y son todavía abundantes en el casco monumental de la ciudad y en el Campo de San Francisco (figs. 9, 10, 13 y 14).[27]

Paralelamente se experimentó con un prototipo elegante, original y exclusivo a base de azulejos pintados (figs. 11 y 12). Fue concebido por el grabador y ceramista ovetense Adolfo Álvarez Folgueras (1912-1982) y de él quedan tres testimonios: uno en la calle del Rosal (hacia 1955-1959), la calle donde nació el artista, y dos (además diferentes) en la del Cabo Noval (1959).[28] La inspiración pudo venirle de la cercana casa de Aureliano San Román (Rosal, núms. 15-17; hacia 1905), cuyo frente presenta un original y vistoso recubrimiento de azulejos de La Segoviana, la fábrica de Daniel Zuloaga (1852-1921). Es de lamentar que nuestra ciudad, que se dice ilustrada y presume de ello, no haya adoptado este modelo de alicatado para identificar,

---

[26] TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, pág. 421.

[27] Asociado a ellas hay que lamentar un luctuoso suceso: el 30 de enero de 1967 falleció Esther López Muñiz, maestra del colegio de la Gesta cuando a su paso se desprendió una de las placas de la plaza de ese nombre. El caso lo recogió la prensa local y lo recuerda MARÍA CONCEPCIÓN ÁLVAREZ GARCÍA, *Los colegios Gesta de Oviedo. Cincuenta años al servicio de la educación (1957/58-2007/08)*, Oviedo, Consejería de Educación, Colegio Gesta y Krk Ediciones, 2008, págs. 134-135.

[28] Estaba previsto y diseñado el baldosín para la calle del doctor Casal; véase FRANCISCO CRABIFFOSSE CUESTA, *Adolfo Álvarez Folgueras, 1912-1982: grabador y ceramista*, Oviedo, Fundación de Cultura del Ayuntamiento de Oviedo, 1997, págs. 37 y 104-105.

19. Ejemplo de una placa de bronce *invisible*, incluso a plena luz del día (imagínense con poca luz o de noche). Es la indicativa de la avenida de Pumarín, a la altura de la calle de Fernando Vela.

al menos, sus vías principales e históricas. La malograda rotulación artística de Folgueras, además, es bastante anterior a la vistosa y didáctica realizada en Madrid a partir de 1992 por el ceramista talaverano Alfredo Ruiz de Luna (1949-2013). Solo hay otro rótulo cerámico en Oviedo: el de la travesía que desde 1984 lleva precisamente el nombre de Folgueras (la antigua travesía de los Trascorrales),[29] un feliz y consciente tributo a su actividad. Se trata de una obra de gran calidad de diseño, concepción y ejecución, hecha en los talleres de Artesanía Talaverana, una fábrica de cerámica artística fundada en 1966 en aquella localidad tan identificada con la tradición alfarera y azulejera española (fig. 15).

Las placas de esmalte colocadas en las décadas de 1960 y 1970 eran muy bonitas y elegantes y sobremanera legibles (fig. 16). Seguían el modelo y diseño de las de otras ciudades europeas, principalmente francesas (recuerdo las de Burdeos), pero también de Madrid: la lámina era ligeramente abombada, ribeteada con un filete blanco, con el contraste de las letras en blanco sobre el característico fondo añil ovetense. Solo tienen una desventaja: que son frágiles ante vandalismo, la intemperie y los meteoros. ¿Queda alguna? Sí, algunas se salvaron al vértigo transformador que acometió a la ciudad entre 1991 y 2012 y siguen informando al viandante. Una simple descubierta en el piélago de vías urbanas me ha permitido identificar una en la calle de Augusto Junquera, otra en la de Ortega y Gasset (Vallobín); las de las calles de los Helechos[30] y del Padre Buenaventura de Paredes (1963) en el barrio de Pumarín; dos en la de San Pedro de Mestallón (1966),[31] otra en el pasaje de Luis Muñiz (en realidad, Luis Muñiz-Miranda y Valdés-Miranda, como aclaró Tolivar Faes) en Regla, colocada en 1975;[32] otras dos (una, muy deteriorada por la exposición solar) en la calle de Lepanto, detrás de la Delegación de Defensa; en las calles de Santa Susana y Campomanes también quedan, así como en la avenida de Galicia (dos) y en la plaza de Castilla.[33] En Ventanielles todavía hay muestras en las calles de los ríos Narcea y Pi-

[29] TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, pág. 46.

[30] El nombre de este callejón fue acordado en diciembre de 1975 (*Ibidem*, pág. 314).

[31] *Ibidem*, pág. 587.

[32] Entre 1927 y 1937, el tránsito de Santa Bárbara llevó el nombre de este fotógrafo aficionado y filántropo, Luis Muñiz-Miranda (Oviedo, 1850-1927). *Ibidem*, págs. 385-386 y 593.

[33] Así denominada en 1975 (*Ibidem*, pág. 376).

20. Variante de distintivo callejero con noticias biográficas del recordado (última década del siglo XX.

loña.[34] Seguro que quedan más en otros barrios, pueblos y la zona rural del concejo. ¿Dónde están las que se quitaron? Porque sería de desear que al menos se conservaran unas cuantas (no hay que olvidar que se trata de piezas exclusivas, hechas por encargo) para ilustrar la historia de la ciudad y una iniciativa de éxito.

Los rótulos en banderola colocados en la penúltima década del siglo pasado (entre 1983 y 1991) estaban rotulados por ambas caras. De formato rectangular muy alargado, tenían el fondo verde y las letras blancas y llevaban estampado el escudo de la ciudad, todo reflectante (como las señales de circulación). Colgaban de postes metálicos de tubo acodado. He visto una en la calle del Río Navia, en la confluencia con la del Río Cubia, en Ventanielles (fig. 17) y otra en San Lázaro, en la calle del Cardenal Arce Ochotorena.

[34] Ventanielles, barrio urbanizado a partir de 1955, desde 1963-1964 tiene sus calles dedicadas a los ríos y lagos de Asturias (TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, págs. 339-340 y 549 y sigs.).

Poco después, en ese mismo periodo, se generalizó otro modelo más elegante, sobre postes estriados y acabados en negro y con la placa en alto, rematada en una perinola (fig. 18). La información también es por ambas caras, pero de nuevo con letras blancas sobre fondo azul. Hay otras en Otero (la de la calle de su nombre) y Villafría (calles de Julián Cañedo y del Emigrante).[35] Estos dos modelos de placas están desvinculados de las fachadas de los edificios y se plantaron en las propias aceras, al modo de las señales de tráfico. Son muy apropiados para aquellas calles con edificación abierta, sin bloques ni manzanas inmediatos a la línea de las aceras. Y fue en este tiempo cuando empezó a decaer la preposición *de* o su contracción *del* en la rotulación de las calles (CALLE | JULIAN | CAÑEDO), las tildes en las palabras y la composición simétrica axial para el texto.

Las de bronce, con las que a partir de la última década del siglo XX se renovó el callejero ovetense, aparte de caras y ostentatorias, por su color y tras perder el bruñido original (que dura poco y además requiere pulimento periódico), son ilegibles, incluso a plena luz del día (fig. 19). Existe la variante de la placa monumento, como la que luce en la calle de Ildefonso Martínez (la popular, aún hoy día, Salsipuedes),[36] en la que se glosa la figura de este abnegado y benemérito médico municipal (fig. 20).

Las actuales son funcionales y visibles, y además reeditan el diseño característico de aquellas placas de esmalte de los años 1960-1970, con la aclaración del oficio o empleo del individuo y un grafismo redundante e innecesario, por figurar también el escudo y nombre de la ciudad (como si el viandante no supiera dónde se encuentra). Sin embargo, carecen de sistema y lógica en su exposición porque hay que ser consecuentes. Y pongo un ejemplo: si en la rotulación de la calle de Pelayo se aclara que fue rey de Asturias –«Calle/Cai de | PELAYO | (Rey de Asturias»)–, por la misma razón habrá que explicar quién fue Alonso de Quintanilla, cuya plancha luce casi enfrente de aquélla (fig. 21). Otra sencilla contribución a que la ciudadanía conozca su ciudad, a elevar el nivel cultural del vecindario («hacer pedagogía», dirían los pedantes), haciendo patente la historia de la población, porque no se debería olvidar que aquella calle, antes que al del

[35] Nombres atribuidos en 1969 (*Ibidem*, págs. 465-466, 366, y 234, respectivamente).
[36] *Ibidem*, págs. 323-325.

21. Modelo de rotulación vigente, con la falta de sistema en los contenidos de información.

infante don Pelayo (oficialmente desde 1869) respondió al nombre de la Magdalena del Campo, Estanco de Arriba y también al de las Dueñas,[37] y que ésta, de nuevo trazado, surgió de la urbanización de la huerta del antiguo convento de Santa Clara, fundación de la que Alonso de Quintanilla (Paderni, San Esteban de las Cruces, hacia 1430-Medina del Campo, 1500), contador mayor de los Reyes Católicos, fue gran benefactor, como sus progenitores, enterrados en la capilla mayor de su templo.[38]

Casos como este son innumerables y se resolverían añadiendo sencillamente un renglón a la placa (el de las fechas de nacimiento y muerte y profesión o cargo que ostentó y por los que es merecedor de ser recordado) y jugando con el cuerpo de las letras. Así sabremos que la calle de Uría, en realidad, está dedicada a José Uría, nacido en 1819 y muerto en 1862, director general de Obras Públicas desde 1858 (y no «político», como se lee, que es como no decir nada), al ver esto:

Calle de
José URÍA
(1819-1862)
Director general de Obras Públicas (1858-1862)

Y no estaría de más que en cada nuevo rótulo que se ponga figure la fecha de colocación estampada (grabada, mejor), de manera discreta (en una esquina o en el canto inferior, por ejemplo), con lo que los curiosos tendrán un dato más de conocimiento. Pero claro, para hacer todo esto, hay que tener voluntad y discernimiento. Confiemos en que ese momento llegue algún día y el callejero sea la expresión de un pueblo juicioso, justo y sabio.

Vale.

---

[37] CANELLA, *El libro de Oviedo*, 1887, págs. 112 y 117, y ed. de 2011, págs. 244 y 256-257.

[38] TOLIVAR, *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, 1992, págs. 67, 473-474 y 485.

ESTE SÉPTIMO VOLUMEN DEL
ANUARIO DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA
SE ACABÓ DE COMPONER E IMPRIMIR EN LA PASCUA FLORIDA DE 2022,
EN VÍSPERAS DE LA DE PENTECOSTÉS, FECHA SEÑALADA EN EL CALENDARIO
CÍVICO OVETENSE POR LA FESTIVIDAD DEL MARTES DE CAMPO,
QUE CONFIAMOS VIVIRLA EN PAZ Y CON SALUD,
EL 7 DE JUNIO DEL CORRIENTE

OVETO, A. D. MMXXII

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos,
la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y
de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza
y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada;
caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos
por el camino opuesto. En una palabra, aquella época era tan parecida a
la actual, que nuestras más notables autoridades insisten
en que, tanto en lo que se refiere al bien como
al mal, sólo es aceptable la comparación
en grado superlativo.

(Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*, 1859, libro I, cap. I).